

Aguas aéreas

Lunas de Perse

David Huerta

He aquí una imagen poética de Saint-John Perse: del “amargo follaje”, en una noche perfumada de Diluvio, “las lunas rosas y verdes pendían como mangos” (“Para celebrar una infancia”, VI; traducción de Jorge Zalamea). Debo decirlo cuanto antes: ésta es una de mis imágenes poéticas favoritas de Perse.

Cualquiera, o casi cualquiera, podría decir: “Los mangos parecían lunas verdes y rosas, ahí, entre el follaje, pendientes o colgantes de las ramas del árbol”; pero Saint-John Perse procede al revés, o *contrario sensu*, de la visión común: esas lunas anómalas son “como mangos”, con su pleno y doble colorido.

Cualquiera —eso sí, cualquiera capaz de ver con un mínimo de atención— puede comprobar los matices tornasolados de los mangos; por ejemplo, de unos mangos descubiertos y contemplados en una huerta o en un jardín; digamos, en la profusión vegetal de una primavera o un verano en el estado de Morelos, en las inmediaciones de Cuernavaca o por los rumbos de Yautepec y Tlayacapan. El tono rosáceo de los mangos morelenses puede avanzar en intensidad hasta el rojo: el matiz visible se ahonda, se densa; de los verdes azulosos se pasa, con una suerte de armoniosa transición, hacia los azules y los rojos o rosas. Algo semejante sucede con los demás colores, puros o combinados; lo percibimos si vemos con cuidado suficiente un arco iris.

Colores frutales: un auténtico desafío para la paleta de los pintores más diestros, más observadores, más capaces de discernir, de mezclar y de aplicar las tonalidades cromáticas sobre los lienzos. Entre los pintores de frutas, menciono, por puro gusto, a dos de mis favoritos, el primero de ellos,

conocidísimo en el mundo; el otro, de fama sobre todo mexicana: Paul Cézanne, Luis García Guerrero.

Por los rumbos apuntados hasta aquí podría desplegarse una reflexión múltiple sobre los colores en la poesía, en la pintura, en las otras artes; sería un desvío interesante. Las palabras de Saint-John Perse presentan, además de su riqueza colorística, otras cualidades físicas en el apareamiento de esas lunas frutales o de esos mangos astronómicos, sea cual fuere el modo de ver o de “comprender” tales objetos: forma, peso, distancia, volumen, perspectiva. Hay en ellas, en esas palabras, una ciencia poética, un estilo de estar en el mundo, una estrategia para tener los ojos abiertos, una fenomenología de los jardines y las huertas, una teoría y una práctica de la percepción.

* * *

La media luna tiene una forma definida, reconocible, como la tienen las lunas en cuarto menguante o en cuarto creciente. Un poeta un poco enredado definió así una luna en cuarto menguante: “uña lucífuga”, es decir, un objeto en forma de uña en plena huida de la luz refleja, de la luz solar; pues tal es la forma de las lunas en creciente o en menguante: la de una uña. En cambio, los mangos tienen otra figura, otro perfil: la grácil curvatura levemente asimétrica en la cual distinguimos una parte inferior nítida y redondeada con abundancia sensual y una parte superior, también curva, en la zona superior o culminante: una coma invertida, estilizada, con extraña armonía, en el diseño cóncavo y en el convexo —una coma dibujada a

partir de un óvalo en el proceso de torcerse y decrecer de abajo hacia arriba. Una coma colgante, con volúmenes y texturas peculiares. Las lunas de Perse tienen, pues, una forma anormal: son extrañas, poéticamente extrañas, y tanto más eficaces, expresivamente.

Ramón López Velarde se refería a otra cosa —sin duda, fundamental— cuando escribió sobre “el perímetro jovial de las mujeres”; pero igual podríamos hablar del “perímetro jovial” de esas lunas de Perse, semejantes a frutas. Y por añadidura podemos imaginarnos a un poeta leyendo a otro: a Perse, sorprendido por los higos consoladores de San Felipe de Jesús; a López Velarde, asombrado ante esas moscas, al fondo de un jardín, “esa especie de moscas [...] que eran como si la luz cantase” (“Para celebrar una infancia”, II; traducción de Jorge Zalamea).

Las lunas de Perse son sorprendentes por su forma y por sus colores; lo son también por su brusca y milagrosa presentación en el marco del jardín antillano, evocado ahí, en ese pasaje, con todo el poder imaginativo de un formidable heredero de Jean-Arthur Rimbaud: ¿de dónde salieron o cayeron esas lunas? Serían como esos aerolitos en la entrada del Palacio de Minería: también éstos lucen un pulimento de una cósmica perfección; pero son avasalladoramente duros y pesan cientos de kilogramos de hierro casi puro. Las lunas de Perse deben ser suaves por dentro, acogedoras; no áridas, sino dulces; no pueden ser pedregosas o metálicas pues han de estar henchidas de fibras y tegumentos dispuestos a deshacerse golosamente en la boca sedienta; son lunas comestibles: pues, ¿no son semejantes a mangos?

Las lunas verdes y rosas *penden*. Naturalmente (poéticamente), penden *como mangos*. Para alguna astronomía de la antigüedad, los objetos celestes “pendían” verdaderamente de la bóveda celeste, entendida la palabra “bóveda”, aquí, en su pleno significado arquitectónico: los objetos del cielo eran lámparas pendientes o colgantes del techo cósmico —un techo cóncavo, inmenso. La repentina y frutal astronomía de Saint-John Perse no lo menciona explícitamente; pero no cuesta ningún trabajo imaginar el brillo pulimentado en las superficies lunares o frutales de esos aparecimientos; pero es una astronomía primitiva, precopernicana, ptolemaica. En esa astronomía, las lunas verdes y rosas (¿cuántas?: es una pregunta legítima; podemos responderla a nuestro gusto), esas lunas del Caribe francés, son faroles o lámparas lucientes, y de ellas se desprende una luz distintiva, singular: luz frutal y lunar, fulgor de redondeces nocturnas proyectado desde la piel hasta los ojos de Perse. Pues, claro, era de noche —“en la crudeza de una noche con perfume de Diluvio”, entre el “amargo follaje”—, cuando las descubrió.

Un poeta de Tabasco, Carlos Pellicer, discípulo de Ramón López Velarde en la Escuela Preparatoria, nos dejó una línea memorable emparentada con esta imagen de Perse: “Hay azules que se caen de morados”. La crítica se ha ocupado de esas palabras mágicas; Gabriel Zaid las examinó con tino y originalidad.

Lunas: utilizamos el plural para designar un objeto singular, único, nuestro satélite; podríamos referirnos a las lunas de otros planetas. Lo hacemos al revés también: “El alemán es muy bueno para la filosofía”, y reducimos así a los kant, los jáideguer, los júserl, y la tropa innúmera de los germanos rabiosamente pensadores a uno solo, paradigmático, arquetípico: el Alemán filosofante. Ese plural por singular es una inflexión o variante de la sinécdoque: la parte por el todo; aun cuando bien podría tratarse de una metonimia. Las

figuras poéticas suelen sobreponerse y confundirse.

Escribe Jorge Luis Borges en el “resumen” de su “largo comercio con la luna”:

Más que las lunas de las noches puedo recordar las del verso...

En tosca prosa —prosa doxográfica, sin relieves—, debería ser de esta manera: “Más todavía que la luna de la noche (o de las noches) puedo recordar la luna mencionada por los poetas en los versos de los poemas”. Pero Borges está escribiendo un poema, un poema lunar; por lo tanto, en su discurso “luna” está en plural y “versos” en singular. “Así queda mejor”, diría el argentino; así quedó mejor, decimos nosotros.

Al principio de este ensayo, hablé de teoría y práctica al referirme a la agudeza de visión de Saint-John Perse. No abordaré ese tema directamente; pero propongo al curioso lector una reflexión acerca de la cita del siguiente párrafo.

A José Revueltas le gustaba citar a Goethe: “Gris es toda teoría; verde y dorado, el árbol de la vida”. Me llama la atención la penetración de Revueltas y la elección de una autoridad para este caso: en lugar de invocar una página marxista, prefiere a Goethe ante esos temas, la teoría y la práctica. Es curioso: Goethe habla de *dos* colores en el árbol de la vida; acaso pensaba en los frutos de ese árbol, en la apetitosa progenie de sus prodigas ramas y follajes. Me gusta pensar en Saint-John Perse ante estas palabras de Goethe. Conjeturo esto: las consideraría una forma de apuntar en la dirección correcta. ¿Acaso por sus insinuaciones frutales?

“Por sus frutos los conoceréis”, reza la bíblica adominación. El escritor francés Michel Tournier prefiere una variante: “Por sus flores los conoceréis”. Hay árbo-

les o arbustos de frutos bellos. Junto a ellos, muchas floraciones palidecerían.

Para comprender los ámbitos históricos en los cuales aparecen las lunas rosas y verdes de Saint-John Perse, en su canto de celebración de la infancia, resulta indispensable conocer, siquiera de manera sucinta, algunas dimensiones o ángulos del colonialismo europeo en las islas del Mar Caribe.

Para ello, resulta aleccionadora la lectura del capítulo “El plantador Beké y su jardín privado” en el puntual ensayo de Sergio Ugalde sobre la obra de Aimé Césaire (*La poética del Cimarrón*, 2007). Césaire y Perse: dos caras de una misma moneda; moneda plenamente solar, de altísimo valor rapsódico, encajada en el centro cardinal de la poesía moderna. El primero, testigo y profeta de los esclavos de las islas; el segundo, Perse, aeda principesco de las maravillas isleñas. Ambos, frutos contrariados, opuestos, arduamente complementarios, de la poesía en las islas americanas.

Perse, hijo de plantadores franceses en un islote coralino, habría de explorar en sus años adultos China y Mongolia y cabalgar por el Desierto de Gobi, además de llevar las riendas de la diplomacia francesa en los años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial, a las órdenes de Aristide Briand; Césaire sería “descubierto” por un deslumbrado André Breton e incorporado, *velis nolis*, en las filas del último surrealismo canónico, para rematar su vida como gobernante en la capital de su propia isla, político-poeta más cercano a la figura del *pater familias*, equidistante del dictador autocrático y del benefactor compasivo.

Herederos de ambos en muchos sentidos, el santalucí Derek Walcott los ha admirado por igual: de los dos aprendió enormidades y en ellos encontró modelos incomparables de conducta poética; sin embargo, no es descabellado intuir una simpatía mayor de Walcott por Césaire: los unen la negritud y el anticolonialismo. Nada semejante es posible ha-

llar en su postura frente a Saint-John Perse en el orden de las ideas; pero en él se anima una grandeza poética innegable: Walcott, desde luego, no la ha negado —al contrario.

Las lunas rosas y verdes pendían como mangos en el huerto o en el jardín de una familia colonial francesa asentada en una propiedad de las Antillas donde se explotaba a los nativos, descendientes de negros africanos, en su inmensa mayoría. De ahí a señalar un “reprobable” ingrediente colonialista en la poesía de Saint-John Perse, hay una distancia inmensa; por desgracia, esa distancia suele cubrirse —nos consta a muchos— de un solo tranco: “he aquí”, suele concluir una burda sociología literaria, “un ejemplo de las exquisiteces de los poetas beneficiados por la explotación imperial en el Tercer Mundo”.

Un descendiente de esos africanos, Derek Walcott, extrajo de la poesía de Perse, sin embargo, lecciones diáfanas de poesía para integrarlas, sin dificultades de conciencia moral o política —más bien consciente de la comunidad extraterritorial de la poesía—, en su propia obra: no sería difícil rastrearlas en la obra imponente del santalucí, junto al caudal homérico y joyceano de su libro mayor, *Omeros*, traducido a nuestro idioma por un poeta también mayor, el veracruzano José Luis Rivas.

La poesía del archipiélago antillano constituye por derecho propio una especie de extraño milagro: de las Antillas Mayores a los diminutos islotes del Mar Caribe, fueron apareciendo, a lo largo del tiempo —a partir del siglo XIX— decenas de poetas de primera magnitud. Blancos *bekés* como Perse; negros como Aimé Césaire, Nicolás Guillén y Derek Walcott; criollos como José Martí y José Lezama Lima. Semejante por su prodigalidad poética al archipiélago del mar jónico, el archipiélago americano ha reescrito y transformado de punta a cabo la poesía occidental, pero en otra dimensión: ahí donde los confines imperiales se comenzaban a desdibujar y

surgían constelaciones lingüísticas de una enorme complejidad, caracterizadas por la hibridación y la invención; testimonio de ello son las confluencias y entrecruzamientos de idiomas: hindi, holandés, inglés, francés, español, crisol del cual surgieron lenguas periféricas como el papiamentu y el *créole*. Ahí, en ese archipiélago, nació un escritor tan anómalo como el trinitario V.S. Naipaul, de ascendencia india, crítico implacable de las mitologías tercermundistas, dueño de una acerada voluntad de estilo en su ejercicio de la prosa inglesa.

Descubrí las lunas-mangos de Saint-John Perse en el tomito argentino de Fabril hace varias décadas, en los jardines de la escuela preparatoria de Coapa. Debo haberlo comprado en una librería del Centro y lo conservo todavía, por supuesto, un poco ajado pero vivo, leído, releído con avidez.

La traducción de Jorge Zalamea, poeta colombiano, fue durante largos años, para muchos de nosotros, el “único Perse” accesible. Lejos andaban todavía, en esas épocas felices e indocumentadas, el arduo aprendizaje de un francés siempre deficitario, y sobre todo la adquisición, no menos ardua, de las ediciones de la Pléiade. Lejos estaban algunas conferencias extraordinarias de Gerardo Deniz en la Casa del Poeta: apuntes “persianos” de una originalidad y una soltura filológicas únicamente comparables con la gracia y el sentido del humor del expositor, conocedor insuperable de la vida, las anécdotas, las chifladuras y, sobre todo, los grandes poemas de quien en vida llevó el nombre resonante de Marie-René Alexis Saint-Léger Léger (1887-1975).

Hay muchas lunas poéticas, toda una colección disponible para elaborar una inmensa e imposible antología. El tema de la luna es canónico; Joseph Brodsky lo

llama “the most *de rigueur* of all poetic subjects” (“el más *de rigueur* de todos los sujetos poéticos”), y Borges cuenta cómo en su juventud se impuso la obligación poética “de definir la luna”. Perse conocía sin duda la muy antologada luna de Alfred de Musset en su “Ballade à la lune”. Ahí, Musset ve la torre de un campanario y a la luna como el punto sobre la letra *z*: un paisaje semi-rural de la campiña francesa y católica. Un maestro de Borges, el pedantón Leopoldo Lugones, armó una emotiva y retórico-poética colección de lunas, y la dio a conocer en uno de sus libros: el *Lunario sentimental*. La palabra “lunario” no es, aun cuando lo parezca, un neologismo; los lunarios son, como lo he explicado en otro lugar, calendarios de índole astronómica ordenados de acuerdo con las lunaciones, es decir, con los periodos o lapsos comprendidos entre las lunas nuevas. (La palabra “crepusculario”, acuñada por Pablo Neruda para el título de su colección de crepúsculos de 1923, sí es un neologismo).

Derek Walcott hace hablar a la luna en un pasaje extraordinario; no nada más ha de leerse, sino *verse*, con su espectacular abundancia de *oes*:

*Slowly my body grows a single sound,
slowly I become
a bell,
an oval, disembodied vowel,
I grow, an owl,
an aureole, white fire.*

Para traducir bien estos versos, deberíamos encontrar un equivalente visual de esa profusión de círculos de letras, de *oes*; usar las palabras “óvalo”, “vocal”, “búho”. Una mera traducción informativa en prosa daría más o menos lo siguiente:

Lentamente mi cuerpo hace crecer un sonido único, lentamente me vuelvo una campana, un óvalo, una vocal desencarnada, crezco, un búho, una aureola, fuego blanco.

Lentamente, también, las lunas-mangos de Saint-John Perse siguen brillando entre el perfume de las aguas diluviales. ▣